

enfermos con las funciones más tradicionales de estos establecimientos: ser refugio para los más necesitados y los desvalidos y dar posada a viajeros y peregrinos. Pero, además, en un territorio colonial constituían una de las herramientas más eficaces de penetración de las formas políticas, culturales y religiosas de los colonizadores. Pero, paradójicamente, constituían también el escenario privilegiado para el intercambio de determinados conocimientos científicos entre las culturas de los colonizadores y los colonizados y –por ende– un lugar de preservación y transmisión de diversos aspectos esenciales de la cultura colonizada; en especial, dado el caso que nos ocupa, sus saberes en torno a las enfermedades, los cuidados a los enfermos y los remedios medicinales para sanarlos.

Con el regreso a México en marzo de 1574, se abrió una segunda fase de la expedición, que se desarrolló casi por completo en la ciudad y sus alrededores, a lo largo de otros tres años completos, hasta la partida definitiva en febrero de 1577, como se ha dicho. Durante esos tres años, el objetivo esencial de Hernández fue ordenar y elaborar de forma aquilatada y coherente los materiales –textos e imágenes– que se habían tomado in situ a lo largo de los viajes por el territorio. Pero esa labor requería, a su modo de entender, una serie de tareas de gran envergadura que fueron también acometidas en esos tres años. Podemos resumir esas tareas en dos esenciales. La primera, traducir el texto pulido y ordenado de la *Historia natural* a las tres lenguas en las que consideró imprescindible que la obra circulase: el latín, el castellano y el náhuatl, la lengua mayoritaria entre los pobladores de Nueva España. La segunda, probar experimentalmente la mayor parte posible de remedios medicinales que se habían recogido en la fase anterior de la expedición, para poder elaborar diversas tablas e índices de remedios, clasificados según las afecciones para las que servían,

las partes del cuerpo que sanaban, o los nombres que recibían en las lenguas de los indios y en las de los españoles. La mejor expresión del planteamiento de esta segunda tarea, puede hallarse en las palabras del propio Hernández en la carta a Felipe II de finales de 1574:

*«Faltaba para la perfección desta obra, allende de las experiencias que se saben de los indios por relación y de algunas que yo he hecho... tomar muy a pechos el hacer experiencias de todo lo que yo pudiere, mayormente de las purgas y medicinas más importantes».*

El escenario más adecuado para esa ardua tarea de experimentación era, desde luego, un hospital y el elegido no fue otro que el Hospital Real de Naturales, en la ciudad de México. El diseño del plan no puede ser más completo, como el mismo Hernández le sigue explicando al rey:

*«Para esto se ha dado traza que yo me mude a un hospital famoso desta ciudad y que allí se junten cada día conmigo cuatro médicos desta ciudad, que son lo que en ella hay de cuenta, y que vistas las medicinas que se hubiere de experimentar y los enfermos a quien hubiere de aplicarse se den y se vea el efecto dellas... también se hará lo mismo en otros hospitales y por la ciudad, como hasta agora se ha hecho».*

Hernández movilizó, pues, a otros médicos y la experimentación de los remedios llevada a cabo afectó a los enfermos de los hospitales y a los que se hallaban en sus domicilios particulares. Las dificultades que había tenido en sus primeros años en México, sobre todo por las reticencias de médicos y cirujanos que hasta ese momento habían ejercido con poca sujeción a una autoridad inspectora o examinadora como la que venía aparejada a su condición de protomédico, parece que se despejaron por completo en los años finales de su estancia. Esta colaboración con otros médicos de la capital se extendió también a la epidemia que iba a asolarla a finales de 1576. Todo ello

hace explicable por qué casi todos los médicos y cirujanos radicados en Nueva España en esos años y en los posteriores conocieron la actividad de Hernández, la citaron en sus obras, e incluso (como Juan de Barrios o Agustín Farfán) copiaron alguna parte de los materiales que había dejado en Nueva España, con la finalidad explícita de que la colonia se aprovechara de forma inmediata de su esfuerzo.

La instalación en el hospital, que contaba por entonces con doscientas camas, le permitió disponer de enfermos con los que experimentar, pero también de espacios en donde instalar los materiales y –lo que era muy importante para cumplir una parte de su cometido– un extenso huerto en el mismo recinto hospitalario, donde cuidar a los animales que había ido capturando en sus viajes y donde sembrar y cultivar plantas medicinales, tanto para los remedios que debían probarse como para ser trasplantadas con vistas a su ulterior transporte a España. Como veremos, los materiales de la expedición no incluyeron solamente textos e imágenes, volúmenes y papeles; también trajo numerosísimas semillas y barricas con especímenes vivos, preparadas para el largo viaje y dispuestas a ser trasplantadas en los jardines de aclimatación de Sevilla, Aranjuez o Valencia; incluso puede que trajera un herbario de plantas secas, pegadas sobre papel y prensadas, en una técnica que sólo unas décadas antes había comenzado a revolucionar los métodos de conservación, ordenación e intercambio de plantas.

El esfuerzo que todo ello comportó fue, como se comprenderá, mayúsculo, sobre todo si tenemos en cuenta que prácticamente todos los objetivos fueron cubiertos de modo satisfactorio, aunque no completo. De hecho, Hernández advirtió en sus cartas más de una vez al rey o al Consejo de Indias que, a su regreso a la metrópoli, necesitaría algún tiempo para *«perfeccionar lo fecho»*, como él mismo decía.